PRIMER ANIVERSARIO:

Santa Misa en la Catedral de Pamplona

Homilía de don Juan Domingo Celaya

- **"A esta misma hora, hace un año, el Señor aceptó el repetido ofrecimiento de su vida que el Padre había hecho".**
- **"Junto a sus palabras encendidas encontrábamos siempre el testimonio de una oración y un trabajo apostólico que eran la expresión de su fe heroica, de su esperanza inconmovible, de su ardiente caridad".**
- **"Recordad la vibración con que nos advertía que no es éste tiempo de lamentos estériles. Cuando presenciamos auténticas crisis mundiales, cuando en muchos ambientes parece extinguirse la luz de Cristo, no podemos olvidar que Dios cuenta con nosotros para devolver a este mundo la sal de la gracia divina".**

El pasado día 26 de junio —doce meses después del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer— la Catedral de Pamplona estaba llena de gente bastante antes del comienzo de la Santa Misa. Estudiantes, profesores, personal no docente de la Universidad, amigos, una muchedumbre llegada de toda la ciudad, de toda Navarra, con el único fin de rezar por el alma del Fundador del Opus Dei. Hubo que dejar las puertas abiertas, para que los que no cabían en el interior pudieran seguir la Santa Misa desde fuera.

La Santa Misa fue oficiada por don Juan Domingo Celaya, quien dijo en la homilía:

«A esta misma hora, hace un año, el Señor aceptó el repetido ofrecimiento de su vida que el Padre había hecho. Recordaréis que cuando recibimos la inesperada noticia, la fuerza de aquel tremendo dolor nos sumió en una intensísima pena. El Señor nos ayudó pronto a aceptar con confianza filial lo que El había dispuesto. Y desde entonces, estas palabras divinas, *todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre*, se han hecho cada vez más claras; porque a partir de aquel 26 de junio su silencio terreno se transformó en una conversación constante, íntima y operativa. Cada uno de nosotros puede afirmar, con gozosa experiencia personal, que durante este año no ha dejado de tratar al Padre: le hemos pedido favores, hemos acudido a su intercesión en el quehacer cotidiano y en los momentos de mayor dificultad: le tenemos más cerca que nunca; nos protege con su intercesión, nos impulsa interiormente a ser mejores. Nos vemos fortalecidos mutuamente en la unidad de su cariño fraterno, cada vez más fácil y espontáneo.

Estamos seguros de que el Padre goza de Dios para siempre; sin embargo, un deber de gratitud y piedad filial nos mueve a ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa en memoria suya. Esta participación en la Santa Misa. *cor unum et anima una*, con un solo corazón y una sola alma, es el mejor medio para honrar el recuerdo del Padre y estar más unidos entre nosotros y con él. Verdaderamente en torno al altar estamos *consummati in unum*, porque en la Santa Misa tierra y cielo se unen para alabar al Señor. Recordad aquellas palabras suyas en la homilía que hace unos años pronunciaba en el *campus* universitario: *Celebramos* —decía— *la acción más sagrada y trascendente que los hombres, por la gracia de Dios, podemos realizar en esta vida: comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y tiempo, para estar ya con Dios en el Cielo.*

Por eso, al unirnos con Cristo en la Santa Misa, nos acercamos también a nuestro Padre, estamos más identificados con sus súplicas. A esas súplicas suyas se unen las nuestras, hechas una sola cosa en la mediación incesante de Jesucristo, Sacerdote Eterno.

Considerad, además, que nos mueve también el deseo de cumplir un deber filial, haciendo realidad una petición que constantemente nos recordaba nuestro Fundador: *Que estéis muy unidos a las intenciones del Padre* —nos decía—, *especialmente a las intenciones de mi Misa.*»

Se refirió más adelante a unas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer sobre la muerte:

«Vienen a mi recuerdo aquellas palabras con las que el Padre alentaba nuestra esperanza para que luchemos hasta el último día de nuestra vida: *¡Después de la muerte te espera el Amor!*, —*nos decía*— *y en el Amor de Dios encontrarás además todos los amores que has tenido en la vida, nobles y buenos, y entre ellos esta Familia... Cuando el Señor me haya llamado a su presencia* —continuaba diciendo—*casi todos vosotros —es ley de vida— seguiréis en la tierra. Acordaos entonces de lo que os decía el Padre: os quiero mucho, mucho, con locura, pero os quiero fieles. No lo olvidéis: sed fieles. Os querré también después, cuando haya ya dejado este mundo, para ir, por la misericordia infinita del Señor, a gozar de Dios. Tened la seguridad de que entonces os querré más aún.*

Muchos habéis comprobado la realidad de ese cariño del Padre que pervive con más eficacia que antes, porque habéis obtenido gracias y favores acudiendo a su intercesión. Habéis notado singularmente cómo el trato con él os ha llevado a una continua mejora en vuestra vida espiritual. Por eso, os animo a fomentar esa experiencia personal de acudir a nuestro Padre. Como el cariño que ahora nos tiene le lleva a interceder por cada uno para que seamos más fieles al querer del Señor, estamos seguros de que nuestro esfuerzo será siempre fructuoso, porque irá acompañado del deseo eficaz de ser más de Dios, de vivir de fe, amándole con obras y con propósitos concretos de mejorar nuestra vida.

La luz que nos ha dejado el Padre, lo sabemos bien, no consiste sólo en la claridad de una doctrina expuesta en constante catequesis oral y escrita: la enseñanza fundamental fue su misma vida. Nos predicaba insistentemente que debíamos vivir de fe, de esperanza y de amor, y junto a sus palabras encendidas encontrábamos siempre el testimonio de una oración y un trabajo apostólico que eran la expresión de su fe heroica, de su esperanza inconmovible, de su ardiente caridad. Desde muy joven toda su existencia fue un empeño decidido y sobrenatural por hacer lo que Dios quería de él. *De que tú y yo nos portemos como Dios quiere —no lo olvides— dependen muchas cosas grandes.* Estas palabras que él mismo escribió en *Camino* y que a tantos nos han removido, exponen claramente la convicción profunda que inspiró de continuo todas sus decisiones. Esas ansias de fidelidad le llevaron siempre no sólo a aceptar y seguir el querer divino cuando éste aparecía claro, sino también a empeñarse positivamente en buscar esa voluntad de Dios cuando sólo la presentía, sin que el Señor la hubiera aún manifestado.»

Insistió en el mensaje de lucha y perseverancia que el Fundador del Opus Dei repetía tan a menudo:

«Recordad la vibración con que nos advertía que no es éste tiempo de lamentos estériles. Cuando presenciamos auténticas crisis mundiales, cuando en muchos ambientes parece extinguirse la luz de Cristo, no podemos olvidar que Dios cuenta con nosotros para devolver a este mundo la sal y la luz de la gracia divina. Cuenta con nuestra santidad personal, para marcar a las tareas humanas un rumbo que no traicione su origen —de Dios venimos— ni deserte de su fin último: a Dios hemos de volver.

Somos conscientes de las dificultades que lleva consigo esta tarea, aunque sea tan divina y humanamente atractiva. Sin embargo, no nos acobarda nuestra flaqueza, ni la inmensidad de la labor, si tenemos bien presentes aquellas palabras del Padre: *Ante cualquier dificultad, esta es la panacea: santidad personal, entrega al Señor.*

Por tanto, para hacer realidad este ideal hemos de entregarnos primero nosotros, disponernos interiormente: *es preciso que no haya recovecos en el alma, donde no pueda entrar el sol de Jesucristo. Hemos de echar fuera todas las preocupaciones que nos aparten de El; y así, Cristo en tu inteligencia, Cristo en tu labios, Cristo en tu corazón, Cristo en tus obras. Toda la vida —el corazón y las obras, la inteligencia y las palabras— llena de Dios.* (Hom. I, n. 11, p. 40).

Cada uno ha de preguntarse pues, con valentía —y responder con humilde sinceridad—, cuál es su actitud ante las exigencias divinas: si busca el trato personal con el Señor en la oración y en la Sagrada Eucaristía; si acude con humildad y afán de reparación al Sacramento de la Penitencia; si procura trabajar bien, aunque cueste sacrificio; si cuida con delicadeza la vida de familia; si quiere a los demás con obras... En definitiva, si ha dejado que la luz de Dios le penetre por entero o, por el contrario, hay todavía algún rincón oscuro en el corazón: algo que no se quiere entregar.

Sólo así, siendo generosos, y anclados en la humildad, podremos ser buenos instrumentos en las manos de Dios, seremos dóciles a sus mociones, y, con nuestra entrega, el Señor continuará extendiendo ese mensaje divino que confió a nuestro Padre: *Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con El, para realizar —en el lugar donde estamos— su misión divina.*»

Y concluyó:

«Terminamos nuestra oración acudiendo, como siempre, a la omnipotencia suplicante de nuestra Madre, la Virgen. Ella nos alcanzará la gracia necesaria para que nuestros propósitos sean eficaces y permanezcan siempre. Caminaremos así por este mundo, llenos de alegría, anunciando la infinita clemencia de Dios con sus criaturas, hasta que el Señor quiera llamarnos a gozar de El para toda la eternidad.»

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei